



Pregón Oficial
de la **SEMANA SANTA**
de la Ciudad de Granada 2017



Fotografía Portada:

Autor: Eusebio Rodrigo Fernández

Edita:

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD GRANADA**

© de la edición:

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD GRANADA**

© de los textos:

LUIS RECUERDA MARTÍNEZ

Imprime:

Gráficas Zaidín

PREGÓN OFICIAL
de la SEMANA SANTA
de la Ciudad de Granada 2017

Luis Recuerda Martínez

5 de Marzo de 2017

TEATRO ISABEL LA CATÓLICA



*La Semana Santa de Granada se pregona cada día
desde el corazón de los cofrades
que hacen posible que la Fe,
la Belleza, la Tradición y la Historia
se hagan presentes en nuestra ciudad
y nos sorprendan cada primavera.*

*A la memoria de mis padres,
que me hicieron cofrade.*

*A Gracia, mi esposa, por hacer suyo mi mundo,
vivirlo, sentirlo y amarlo apasionadamente.*

A mis hijos Luis y María, por ser... como son.

A mis hermanas, Yolanda y Silvia, siempre a mi lado.

*A mis hermanos, los que las Cofradías me han dado,
porque unidos por la fe, somos más que familia.*





ORACION INICIAL

Tiéndeme tu mano Señor de la Amargura, ten piedad y guíame en este día...

Tú me conoces bien, soy... ese niño al que le daba miedo mirarte a la cara de cerca o quedarme a solas ante tu portentosa presencia cuando aún morabas bajo las bóvedas del Templo Catedralicio. Ese niño al que décadas después aún le impone y sobrecoge tu rostro dolorido que implora compasión.

Tiéndeme tu mano Señor del Vía Crucis, tú me conoces bien, soy... ese niño que nació bajo tu amparo una noche cuando, ya de madrugada, aún humeaban las velas de los guardabrisas de tu Paso, arriado en la girola de la Catedral tras recorrer las calles de la ciudad. Una ciudad que desde Siglos atrás presidías desde la Ermita de San Miguel, en lo más alto de tu Albaicín..., siempre tu Albaicín....

Tiéndeme tu mano Jesús con la Cruz al Hombro y como en el encuentro con la Santa Mujer Verónica, mira con Misericordia a este pregonero que hoy se encomienda y postra ante ti, te habla y te reza. Mira con misericordia a ese niño que cada miércoles de ceniza cumplía el mismo ritual: Sacar del armario la vieja túnica morada de terciopelo bordado, la capa blanca y el antifaz carmesí para que, durante toda la Cuaresma y colgada frente a la cama, presidiera e inspirase sus días y sus noches, sus sueños de Cofradías y sus pesadillas de tardes de lluvia. Esa vieja túnica, lista para vestirla y acompañarte con orgullo en la tarde del Martes Santo. Esa túnica en la que, entre sus bordadas rosas de pasión, se perdía embelesada la mirada del niño embebido en románticas ensoñaciones cofrades de cuaresma.

Hoy también quiero que Granada saque su vieja túnica nazarena -ya centenaria-, y que nuestra Ciudad se prepare a vestirla, le quite los restos de cera de años pasados con el sacramento de la penitencia, la ventile y quite el olor a alcanfor con el aire fresco de la celebración del perdón, la planche con el calor de las meditaciones, las charlas y los cultos cuaresmales, la repase con las intensas vivencias y convivencias cofrades y finalmente la cuelgue con mimo sobre la percha de la fe y del Evangelio.

Tiéndeme tu mano Jesús del Gran Poder, tú que en ellas tienes la potestad y el imperio y haz que hoy mis palabras sean para Granada un cantico apasionado y un testimonio de Fe y de tu Divina Misericordia.

Con la Venia de Su Excelencia Reverendísima, Excmo. Sr. Alcalde, Ilmas. Autoridades, Sr. Presidente y Miembros de la Real Federación de Hermandades Cofradías, Hermanos Mayores, cofrades y amigos aquí presentes o que nos seguís a través de los medios:

I.- SOY COFRADE.

Soy Cofrade por la Gracia de Dios.

Soy Cofrade, el pregonero es Cofrade. Este pregonero es, se declara y reconoce Católico, Apostólico, Romano... y Cofrade. No podía ser de otro modo. Un Cofrade, de los muchos que viven en nuestra Granada, un cofrade más. No soy un buen cofrade, pero como todos pongo mi empeño en tratar de serlo. Es nuestra obligación.

Un cofrade que vive abrumado por el enorme cariño que ha recibido y la acogida que en nuestro mundo tuvo en su día su designación como pregonero. No me siento merecedor de tanto afecto recibido y espero poder transmitir hoy con palabras y sentimientos al menos una mínima parte.

Soy Cofrade porque tuve la suerte, el privilegio y el orgullo de nacer en una familia cofrade, en una casa esencialmente cofrade en la que se me transmitió la Fe. Cofrade porque lo eran mis padres y así me lo transmitieron genéticamente, porque así "lo mamá".

Soy cofrade porque quiero que sea esa luz de la Fe, la que ilumine mi vida, y que con esa luz, -a modo de cirio izado al cuadril-, también yo colabore y alumbre el camino y la vida de mi familia, de mis hermanos y amigos, de mis Hermandades y de mi Ciudad.

Soy cofrade porque mi madre, cada día se esmeró en enseñarme a rezar y a cultivar la semilla de la Fe y la importancia de estar con los hermanos más necesitados. Me enseñó mi madre que las Cofradías son una forma de vivir nuestra Fe y hacerlo en comunidad. Me enseñó que la verdad estaba en la Eucaristía y en los hermanos, a los que siempre hay que perdonar y entender poniéndose en su lugar. Y me enseñó que las imágenes, nos podrán gustar más o menos, pero que no hay Vírgenes feas, -porque no hay nada más bello que el amor que representan-. Y me enseñó con su ejemplo a querer a su Virgen de las Lágrimas, la que llora con un puchero contenido su soledad en San Juan de los Reyes cada Martes Santo. Su Virgen, que no sería la más guapa, pero a la que ella y sus "niñas" le dedicaban todos sus desvelos. Precisamente hoy, cinco de marzo, cuando se cumplen veintiún años de tu partida, sabes que tus niñas Pili Arregui, Charo y M^a Carmen siguen al pie del cañón, siempre con ella y siempre al servicio de ella y tu... tu siempre con ellas.

Soy cofrade porque se me enseñó a ver en el otro, en el prójimo, a un Hermano, con mis mismas pasiones y mis miserias, y que por tanto yo no era quién para juzgarlas, y que eran siempre dignas del perdón, la misericordia y la reconciliación.

Los cofrades, como Tomás, tenemos que ver para creer, pero tenemos la suerte de que cada cofrade siempre sabe dónde está ese rincón, esa capilla, ese retablo o esa hornacina en la que Cristo nos espera, en la que -mi Cristo- cara a cara me es-

cucha y me habla de un modo especial. Ese lugar donde acudimos a tomar el necesario aliento, porque el ser humano necesita tener ese asidero con la divinidad para poder sobrellevar muchas veces todo aquello que supera los límites de nuestra razón y nuestra naturaleza.

De mi querido hermano Antonio Vargas Granados, ejemplo reconocido de lo que fue un buen cofrade, entre las muchísimas cosas de las que aprendí, fue la de hablarle al Señor como a un Padre, pero de tú, con sencillez y franqueza. A rezarle como si mantuviésemos la más cordial conversación con un amigo, a contarle lo que has hecho, o si se te ha olvidado tenerlo en cuenta en tu día a día.

Soy cofrade porque en mi casa había añejas túnicas guardadas en el armario y capirotos en los altillos. Viejas túnicas moradas de terciopelo bordado que por sí mismas ya pregonaban la Semana Santa.

Soy Cofrade porque mi casa era un sin vivir conforme la Cuaresma avanzaba y se nos echaban encima los días grandes de la Semana Santa, con toda la familia en aquellas tardes cuaresmales de sábado en la Catedral, en labores de limpieza y montaje de Pasos. Tardes de frío y humedad catedralicia, tardes de limpiametales y de infernillo con agua caliente para limpiar las tulipas, que nos servía para aliviar ese frío húmedo que se nos calaba hasta los huesos. Tardes de niños cofrades que jugábamos a procesiones por las naves catedralicias. Tardes cofrades rematadas con memorables bocadillos de atún con tomate y fanta o bitter kas en las Bodegas Castañeda o en el Bar León, -que aún no había desarrollado el famoso “trifásico” alivio sin par de priostes hambrientos y costaleros de relevo-. Aquellas eran inolvidables jornadas de Hermandad entre una numerosa juventud del Vía Crucis, juventud que hoy ya peinamos canas en el poco pelo que nos va quedando.

Soy Cofrade, porque ser cofrade es vivir intensa y activamente nuestras Hermandades todo el año. Es pertenecer a una comunidad que quieren vivir unidos su Fe y experimentar la gracia en comunión. Ser cofrade no es solo ponerse un día al año la túnica y el capirote o meterse bajo el palo, eso...., eso sería disfrazarse de cofrade, y quien vive algo de verdad desde lo más profundo de su ser, no se disfraza, sino que se reviste de sí mismo, de sus convicciones, para cumplir con su compromiso, para dar testimonio y hacer pública estación penitencia. Solo así es posible que, bajo el anonimato y la privacidad que nos permite ir cubiertos por el antifaz, podamos sentir que entre la muchedumbre que nos rodea en las calles, nos encontramos con nosotros mismos y en oración con el Señor.

Ser cofrade significa buscar a Dios y aprovechar cada momento para orar y escucharle.

Soy Cofrade porque tuve el privilegio de salir por vez primera en la Cofradía cogido de la mano de mi Padre. Recuerdo cómo me miraba y recuerdo ver la satisfacción en sus ojos tras la seda carmesí del antiguo capillo del Vía Crucis, mientras

Pregon Oficial

me preguntaba si estaba cansado y quería que me sacasen. Hice la procesión entera con apenas tres años y no consentí salirme, como buen “jartible” que ya apuntaba maneras. Padre e hijo vistiendo la túnica del Vía Crucis, mi padre supongo que orgulloso, yo con la carita descubierta y algo temeroso, desconcertado y agarrado muy fuerte a su mano.... Siempre de la mano de mi padre. No podía ser de otra ni de mejor manera que de la mano de mi Padre. Esa mano grande y fuerte que guió mis pasos y supo sembrar en mí la semilla de esta Pasión cofrade que es...mi vida. Esa mano de cofrade curtido en tiempos difíciles para las hermandades.

Por eso hoy te pido Papá que, -aunque muy pronto te llamó el Señor para tenerte a su lado, y poder ver de cerca la cara más dulce y verdadera de “tu Cristo” de la Amargura-, hoy que te siento presente aquí, no dejes de sujetar mi mano como lo hiciste aquel mi primer Martes Santo y como noto que lo haces cada vez que tengo dificultades desde aquella madrugada de julio en la que partiste y desde la que tanto te añoro.

Por eso, hoy yo quiero que también desde el cielo te vistas de nazareno, vuelvas a colocarte tu capa blanca y te la abroches al cuello con tu peculiar gesto de acomodarla sobre los hombros, me des tu mano y cojas la mía, que te sienta aquí, a mi lado.

Dame tu mano papá
y guíame en esta senda
que hoy quiero pregonar
lo más bello de esta tierra

Dame tu mano papá
y ayúdame en este día
y contigo volver a hablar
un rato de Cofradías

Dame tu mano papá
y que la apriete muy fuerte,
que sea tu inspiración
la que me lleve “de frente”

Dame tu mano papá,
como cuando era pequeño
y ayúdame a realizar
lo que me parece un sueño

Dame tu mano papá
que es tanto el gozo que siento
y quiero siempre perdure
este precioso momento.

Dame tu mano papá
tú que me hiciste Cofrade,
y pregonar de tu mano
porque más gozo no cabe.

Dame tu mano papá
y como cuando era pequeño
asísteme y se mi guía
para pregonar a Granada
¡MI TIERRA Y SUS COFRADIAS!.

El Pregonero sabe que puede ser criticado por no vivir íntegramente la Semana Santa en Granada. Razón no le falta a quien lo haga, porque es cierto. Pero uno es cofrade de la misma manera que es persona, -fruto de sus circunstancias y sus vivencias- y mi familia desde hace décadas se reparte entre Granada y Sevilla, y al igual que me hicieron cofrade de Granada, me hicieron de Sevilla. Mi corazón y no me duelen prendas reconocerlo se encuentra dividido entre esos dos amores, Granada y Sevilla, Sevilla y Granada y una nada resta a la otra. ¿Habría algo más hermoso?. Igual que son dos mis hijos y a los dos quiero igualmente. ¿Para qué ocultarlo? ¿A quién engañaría hoy diciendo aquí lo contrario?. Esos dos amores en lo cofrade no han hecho más que enriquecerme y enseñarme a vivir y a saborear la verdadera esencia, que no se encuentra sino en aquello que compartimos todos los cofrades, da igual de donde seamos, Granada, Málaga, Zamora o Sevilla.

Soy Cofrade, porque siendo muy joven sentí una llamada llegada desde una capilla de la Calle San Antón, de la mano de Antonio Salguero, todo temperamento, todo ímpetu y todo corazón. Antonio, que supo envenenarnos de amor y pasión para dejarnos tan pronto y tenerlo en el corazón y en el recuerdo cada día.

Somos cofrades y por tanto hijos y herederos de una historia centenaria de fe, devoción y tradición. Los cofrades somos muy conscientes de que hemos de cuidar con mimo aquello que la historia y nuestros mayores nos han legado y dejarla a las generaciones venideras en igual o mejor estado que en el que lo recibimos, transmitiéndoles la necesidad de velar cada día por la esencia de nuestras tradiciones.

Soy cofrade por que los verdes ojos de la Virgen del Valle cautivaron a la que desde hace ya treinta años acompaña mis días y a la que cada tarde de Jueves Santo hay dejar sola con su Virgen, a su aire, para que hable con ella, cara a cara, la acompañe, le rece y le lllore... y lllore ella más que la misma Virgen, mientras que el Palio avanza elegante como siempre a los sonos de Virgen del Valle. Ya lo dijo Rodríguez Buzón: “*Venía la Virgen llorando y todo lloraba al verla...*”.

Soy cofrade porque en mi casa, mi abuela Teresa siempre suspiraba diciendo: *¡Ay, Señor del Gran Poder!*. Me gustaba oír esa exclamación. Yo le preguntaba, y mi abuela me explicaba, me hablaba del Señor y de Sevilla. ¿Quién me iba a decir que tan solo unos pocos años después comenzaría a acompañar cada madrugada, con túnica negra de ruan y esparto, a ese Señor del Gran Poder?

Soy Cofrade porque el devenir de mi vida hizo que, colgada junto a aquella túnica bordada del Vía Crucis, de herencia familiar, le acompañase después la de ruan negro de cola, la túnica que he de reconocer me cambió la vida, esa austera túnica penitencial con la que vistiéndola, siendo tan solo un adolescente, tuve una de esas experiencias “cofrades” que te marcan la vida y te hacen ver todo aquello que ya conocías con otro prisma:

El año que cumplía los catorce años, las Reglas de la Hermandad del Gran Poder, de Sevilla, ya me permitían participar en la Estación de Penitencia en la Madrugada del Viernes Santo. Yo ya era Hermano por obra y gracia de mi Primo Mario, el mayor de los Recuerdas, que salía hacía algunos años en cumplimiento de una promesa al Señor. Así que, de adolescente, me encontré revestido de la negra túnica de ruan, con cola y esparto y rodeado de varios centenares de cofrades, que todos vestidos rigurosamente del mismo modo llenaban la Basílica del Gran Poder. Conforme iban llegando, los cofrades rezaban arrodillados ante cada uno de los dos Pasos. A algunos de ellos se les veían los alzacuellos, símbolo de su ministerio sacerdotal y se ubicaban tras los Pasos para confesar a aquellos otros hermanos que así lo deseaban y pedían, que no eran pocos. Los Pasos, ya encendidos, eran un ascua de luz, la única que había en el Templo. Yo tenía los nervios propios del que se estrenaba en esa plaza, sin embargo, el ambiente era de gran serenidad, recogimiento, oración y silencio, un ambiente que te imbuía y llenaba de paz interior. Aquella vivencia me permitió reflexionar profundamente sobre el verdadero sentido de la Estación de Penitencia. No, nosotros no salimos en un “Desfile Procesional”, nosotros, nuestras Hermandades, hacemos “Estación de Penitencia” y eso no es ni puede ser un desfile, es oración, es meditación, recogimiento y ofrecimiento al Señor y ello debe hacerse en gracia de Dios y de ahí la conveniencia del sacramento de la Penitencia. De pronto todo comenzaba a cobrar mayor sentido.

Sumido estaba yo en esas reflexiones en las proximidades de la trasera del Palio, con mi cirio blanco de un metro cincuenta en una mano –un cirio casi tan alto como era yo por entonces-, y el capirote en la otra; cuando de pronto siento que me

tocan en el hombro. Me vuelvo y encuentro a un señor mayor, diría que casi octogenario, vistiendo impecablemente la túnica de ruan algo desgastada por los años de uso, entonces se dirige a mí y me dice: “¿Hermano, puede sujetarme un momentito el cirio mientras confieso?” Afortunadamente el hombre me dio su cirio sin esperar mi reacción, ya que yo no reaccionaba, no salía de mi asombro. ¿Hermano?... ¿Me ha llamado hermano? me decía una y otra vez a mí mismo. Este hombre que podría ser mi abuelo y que no me conoce de nada me ha llamado Hermano a mí, a un chavaleta de 14 años, recién llegado de Granada. No me ha dicho niño, ni joven, me ha llamado... . “Hermano...” ¿Este hombre tan mayor y yo somos Hermanos?.

Miré entonces al Señor en su Paso, desde la trasera, austero y poderoso, tirando impetuosamente de la cruz. Después miré a mi alrededor y entendí que todos los que allí estábamos, vestidos igual, éramos hermanos y Él nos llamaba a sentirnos Hermanos, hijos de un Padre que con la Cruz al Hombro nos congregaba junto al Él.

Aquel hombre, terminada su confesión, se me acercó de nuevo, le devolví su cirio tiniebla, de los de la contera negra -de los del último tramo del Señor-, me dio las gracias y se despidió diciéndome: “*Muchísimas gracias. Tenga Buena Estación de Penitencia Hermano*”. De nuevo me dijo “Hermano”.... Yo le respondí tímidamente, casi balbuceando diciéndole: “Igualmente, Hermano”. Le dije “Hermano”, creo que es la primera vez que tengo constancia de haber llamado a alguien “hermano”.

¡HERMANO!. ¿Hay palabra más hermosa?. Cuidemos mucho darle su verdadero sentido.

He de reconocer abiertamente que a mí, ese momento, esa vivencia, sutil aunque profunda, me cambió la vida, cambió mi forma de entender y sentir las Cofradías. Esa túnica que nos iguala y hace permanecer anónimos por las calles, esa misma es la que nos equipara como hermanos, da igual la edad, el sexo, la condición económica o familiar, la antigüedad o la procedencia. ¡Somos Hermanos!, ¡Somos Cofrades!, y eso es hermoso.

Soy Cofrade y no cabe más hermosura que ser Cofrade y Hermano.

No cabe más hermosura que ser Cofrade y Hermano
Y querer ser buen Cristiano y dar amor y dulzura.
Ser Cofrade es donosura y es ser fiel a tus Hermanos,
los que te aprietan la mano cuando la angustia te apura
y es ser amigo dichoso y es ser fiel al compañero,
aunque como el mismo Judas, a veces sea traicionero.

Y es ser piadoso y devoto, con tu Cristo por delante
que nadie pueda negarte que a ti el corazón te parte,
que no hay dolor como el suyo, y que su dolor compartes,
esa mirada que buscas cuando la pena te estalla
al que tu siempre le rezas, ese que nunca te falla.

Y tu Virgen, la más bella y la que mejor va vestida,
que no hay otra como ella, al menos en esta vida
y que si alguien te lo niega, tú le dices que es mentira.
Ella te escucha y entiende y tú le cuentas tus cosas,
como se cuenta a una Madre, a una Madre Dolorosa.

Y que no hay otra cuadrilla que la de tu Cofradía,
más pinturera y valiente, con más oficio e hidalguía,
¡esos sí que son artistas bajo las trabajaderas!,
que cada noche de ensayo tienen mejores maneras,
son tus hermanos de abajo y andan mejor cada día,
con un costero a costero, elegante y con esmero
y ese toque de salero que le gusta al mundo entero
y a ti te quita la vida.

No hay Pasos como tus Pasos, en categoría de talla
en orfebrería, dorados, en bordados y hojarasca,
en terciopelos y sedas, en acantos y en rocalla.

Para un Cofrade no hay nada, como su Cofradía,
Que nadie ose criticarla, ni tocarla un solo día,
Que un buen cofrade por ella, hasta la vida daría.

No cabe más hermosura que ser Cofrade y Hermano,
Que no hay vivencia más bella y yo te lo digo ufano,
Y si tu Fe ahí te lleva y es como Él lo mandara,
Te digo como la copla, que no hay en la vida nada,
Como el tener la dicha de ¡Ser Cofrade en Granada!.

II.- YA ES CUARESMA.

Ya es Cuaresma....

No nos engañemos, a los cofrades nos apasiona la Cuaresma. La vivimos y gozamos como si fuésemos niños.

Ya es Cuaresma... Aunque para el pregonero esta vez llegó pronto, muy pronto, súbita e inesperadamente el pasado noviembre. Llegó en el preciso día y hora en el que se le comunicó la designación para estar hoy aquí y pregonar a Granada. Y al Pregonero, como cofrade que es, aunque la Cuaresma le llegó temprana, lo hizo como siempre, con enorme gozo.

Se dice que cada cofrade tiene su pregón escrito en espera de que le llegue el momento y sea llamado a darlo. En mi caso no era así, a mí me pilló a trasmano, sin tan siquiera sospecharlo.

La Cuaresma es tiempo de perdón y reconciliación y este pregonero necesariamente ha de suplicar el perdón:

Perdón por mi obstinada negativa a quienes con anterioridad me han pedido que pregonase a su Cofradía. Pero ahora, cuando es Granada quien te lo pide..., ahí... ahí ya no caben soberbias, vanidades, excusas ni evasivas.

Ya es Cuaresma... y en su primer domingo, como manda la tradición, en Granada se pregonan nuestra Semana Santa.

Ya es Cuaresma y llegó el Pregón, este madrugador Pregón de Granada –creo que el de Granada es el primero de todos-. El que por ser el primero tiene sitio también para albergar en su seno todo el gozo de las vísperas. ¿Hay algo más hermoso que la espera, cuando la espera es ya en sí maravillosa, y cuando se sabe que lo que está por llegar es la esencia misma de todos nuestros anhelos, cuando es aquello por lo que vivimos y soñamos el año entero?.

Ya es Cuaresma...

El implacable llamador del calendario ya dio el segundo de sus tres golpes. Ya estamos los cofrades puestos, pegados al palo, apretando los riñones y prestos a iniciar la levanta de nuestra Semana Santa. Despacito y sin tomar ventaja, a pulso, no hay prisa, hay que sacarle el jugo a cada instante, vamos a echarle casta, que no se note, que sin darnos cuenta llegaremos al Domingo de Ramos.

La Cuaresma nos lleva de la mano –como al pequeño monaguillo lo lleva de la mano el padre de nazareno hasta el Templo-, y nos lleva con orgullo, como me llevó mi padre y como yo llevé a mis hijos Luis y María.

Ya es Cuaresma...

Pregon Oficial

Cuaresma de celebración del perdón, de quinaros y funciones principales, de retiros y ejercicios espirituales, de Vía Crucis, de noches de ensayos y de apasionadas tertulias de Casa de Hermandad sobre la conveniencia de replantear la candelaría de esta o de otra manera o la necesidad de hacer la “v” en la igualá.

Ya es Cuaresma...

Cuaresma de silencio y penumbra en la Meditación ante el Santísimo Cristo de San Agustín.

Permitidme compartir el que para este pregonero es el momento más íntimo, reconfortante e imprescindible de la cuaresma. Al finalizar una jornada de su devoto besapié, el Templo cierra sus puertas y en él quedan los hermanos y devotos del Santo Crucifijo, unos sentados, otros arrodillados, otros en pie. El recogimiento se acrecienta por la penumbra en la que permanece la Capilla, casi a oscuras, tan solo iluminada por la cera de los seis blandones que escoltan la Portentosa imagen del Santísimo Cristo y cuya luz se refleja con tenue brillo en la Cruz de plata.

Junto a la Sagrada Imagen, una pequeña mesita con un flexo que ilumina unos folios manuscritos. Sentado tras ella, el meditador, Sacerdote y Hermano. Solo su voz cálida, suave y serena apenas rompe el silencio, un silencio que nace de lo más profundo de los corazones de los asistentes, un silencio que reconforta en sí mismo y que ayuda a identificarse con Cristo, allí mismo representado, muerto en la Cruz, con la boca entreabierta y los ojos apenas entornados. Un silencio que sobrecoge y embarga. Un silencio que todo lo llena, porque Cristo todo lo llena. Un silencio en el que encontrar la verdad, porque no hay más verdad que Cristo.

No hay para mi cuaresma otro momento de mayor paz interior, de encuentro con el señor y de oración profunda y meditada que éste.

Decidme, con el corazón en la mano: ¿Quién no se ha postrado alguna vez ante su Cristo?.

Al igual que en la meditación, el pregonero se postra hoy también ante el Santo Crucifijo de San Agustín.

Ante ti, Santísimo Cristo que hace unas décadas nos reuniste bajo tu amparo para que con nueva vida y renovadas ilusiones, no decayese su antigua Hermandad.

Ante ti, que cada Lunes Santo en la noche eres un grito atronador que rasga el velo del sordo silencio que guarda la ciudad, que guarda la multitud, ante tu portentosa presencia.

Ante ti, que llamas por su nombre y susurras al oído a quienes te contemplan por las calles y sales a buscarlos.

Ante ti, que eres el amparo y el consuelo de quienes van cada día a buscarte, sin más capital en los bolsillos que un corazón dolorido y un alma desconsolada por

los reveses de la vida, o una brújula desorientada que ansía que tú les marques el rumbo.

Ante ti, que te rogamos nos hagas comprender lo incomprensible y te pedimos nos enseñes a llevar la cruz.

Ante ti, al que nos aferramos con fuerza, como el recién nacido al pecho de su madre, cuando sentimos que nos falta la salud y las fuerzas nos flaquean.

Ante ti, que durante tantos años me has permitido el privilegio de ser el último nazareno que veía tu imagen cruzar bajo el arco de la Puerta del Perdón, recortándose tu colosal y portentosa anatomía en un contraluz casi onírico de claridad tamizada por las nubes de incienso.

Ante ti, que atesoras más de cinco siglos de escucha de las plegarias, ruegos, súplicas y agradecimientos de cuantos granadinos fueron y son, bajo tu amparo y protección sagrada.

Ante ti, Santísimo Cristo de San Agustín, que aunque muchos no quieran verlo o te nieguen como Pedro, has sido, eres y serás la mayor devoción a Cristo de la ciudad de Granada.

Ya es Cuaresma...

El pasado miércoles, “Miércoles de Ceniza”, comenzamos este precioso tiempo litúrgico; ese periodo de conversión y penitencia preparatoria para la gran celebración de la Pascua. Ese tiempo de arrepentimiento y perdón, que paradójicamente a los cofrades nos resulta un tiempo de ilusión, porque como diría mi hermano y Pregonero Fernando Egea “*Que no lo podemos evitar*”. Tiempo de preparativos en lo espiritual, lo personal y en lo material, un tiempo de gozo y de tensa e ilusionada espera, de camino hacia un gozo mayor. Tiempo de vísperas que muchas veces son más intensamente vividas y gozadas, incluso que la propia celebración, que una vez llega se nos escapa de las manos como el agua entre los dedos, sin poder apenas refrescar nuestras sedientas y reseca gargantas, ansiosas de Cristo y de María, de Pasión, de marchas y chicotás, de revirás y racheos, de incienso y cera, de la belleza de lo estético que inunda nuestros cinco sentidos y nos lleva a lo espiritual y transcendente.

Cada día de cuaresma es... un día más de gozo vivido y un día menos que recorrer de ese camino cofrade “*¡A la Gloria!*” como en su incomparable Pregón la llamó Carlos Herrera. Cada Vía Crucis, cada Eucaristía, Quinario, Triduo, Función Principal, cada charla, cada meditación, cada ensayo, cada convivencia, cada tertulia, no solo nos acerca más a la verdad del Evangelio, al encuentro con Jesús y con el hermano, al arrepentimiento por las faltas y errores cometidos, sino que nos lleva además a ir arrancando páginas al calendario, a borrar con satisfacción el número en tiza sobre esa pizarra que cada cofrade llevamos en el corazón y que dice “Faltan 40, 22, 9, 3... días para el Domingo de Ramos”.

Pregón Oficial

Ya es Cuaresma...y tan solo Faltan 35 días para “*la Gloria*”.

Y es que en Granada somos unos verdaderos privilegiados, en Granada nuestra Cuaresma es.... esa antesala de la Gloria que no es sino la gloria misma, en pequeñas dosis, en la grandeza de los momentos, de los instantes, de los sonidos y los silencios, de los olores y los sabores.

Por eso en Granada no se Pregona solo nuestra Semana Santa. ¡Granada Pregona su Cuaresma, su Semana Santa y su Pascua de Resurrección!.

¡Granada Pregona la Gloria!

III.- YA HUELE A SEMANA SANTA.

Ya huele a Semana Santa....

Como nos gusta decir eso de: “¡Ya huele a Semana Santa!”.

En Granada ya huele a Semana Santa, y huele todo el año. No solo por lo intensamente con que los cofrades vivimos nuestras Hermandades todo el año, sino porque es así literalmente. ¡Granada huele a Semana Santa!.

Afortunadamente Granada cuenta con una de esas esquinas, que sea la época del año que sea, nos eleva y transporta a la Semana Santa. En San Antón, ese puestecito callejero de incienso es la mejor medicina ante nuestras prisas e inquietudes. Cuando el dulce aroma de la quema de secretas mezclas de resinas nos llega..., se produce la magia. Comenzamos a soñar...

¿Quién en pleno otoño, en invierno, o comprando apresuradamente regalos navideños, o de rebajas, no se ha visto deliciosamente asaltado por el olor, ha cerrado los ojos y se ha ido con el alma y la mente a una noche de primavera, sumergido entre las nubes de incienso que como bajadas del mismo cielo, preceden la llegada de un Paso?.

¿Quién no se ha parado un segundo para recrearse en el aroma del Jerusalén ligado con vainilla dulce y benjuí, y ha revivido una chicotá gloriosa, sobre los pies, a los sonos de una corneta y un tambor que tan solo resuenan en su mente?.

¿Quién no ha querido escuchar un rachear de pasos al amparo de esas esencias?.

¿Quién no se ha olvidado por un momento de sus preocupaciones al verse sorprendido por una ligera vaharada del buen olor de Dios?.

¿Habrá mejor y más eficaz medicina para el alma del cofrade?.

¿Acaso no es entonces esa, la esquina donde duermen y nos esperan los sueños cofrades?.

Ese puesto merece una licencia permanente y un reconocimiento expreso de Sanidad, porque ahí se curan depresiones y morriñas, y merece colocar una placa que bien grande diga:

*En esta esquina soñada
huele a la misma Gloria,
en esta esquina a Granada
se le nubla la memoria
y no hay persona que pase
que percibiendo el aroma*

*del incienso y la vainilla
que a los sentidos encanta
no repita aquí esta frase:
¡Dios mío que maravilla!
¡YA HUELE A SEMANA SANTA!*

Ya es Domingo de Ramos:

Y embebidos en los recuerdos que nos traen lo aromas y las nubes de incienso de San Antón, casi sin darnos cuenta nos encontraremos inmersos en nuestra Semana Santa. De pronto, una mañana amaneceremos y al abrir los ojos un pensamiento nos asaltará con la ilusión de un chiquillo: ¡YA ES DOMINGO DE RAMOS!

Las túnicas blancas de cola esperan planchadas y colgadas en el frente del armario a que lleguen las cinco de la tarde. Siempre las cinco de la tarde... Con ritual casi taurino, un año más se ha de cumplir la tradición: Vestirse de nazareno. ¿Hay algo más bonito, momento más íntimo, profundo e intenso que el de revestirnos con la túnica de nuestra Cofradía?. Un momento que solo aquel que lo ha vivido de verdad, sabe a lo que me refiero. No nos disfrazamos, ni nos enmascaramos, nos revestimos con la túnica de nuestra Hermandad para hacer Pública Estación de Penitencia, y eso..., eso son palabras mayores.

El punto de encuentro: mi casa, donde Graci y yo ya esperamos algo inquietos. La Cuadrilla: mis Hermanos pequeños, “*Los Niños*” como cariñosamente los llamamos, Antonio Marañón, Alejandro Guindo y Jesús Pulido. ¡No los hay más grandes, ni mejores!. Cuanto me han enseñado... y cuanto me queda que aprender de ellos. Que orgullo llamarlos hermanos. El Cartel: Jesús Despojado. La Plaza: Granada, Semana Santa, Domingo de Ramos.

Vamos a poner ya la cafetera y sacar los dulces, que “los niños” están aquí ya mismo. Uno a uno van llegando, cada uno con sus “trastos” perfectamente preparados en esa bolsa de la que inevitablemente asoma el desnudo cartón del capirote. Abrazos intensos, nervios contenidos, el rictus algo tenso y serio, el propio de la responsabilidad. Con el descafeinado, -que no están los nervios para excesos-, una torrija o un roscó de nuestras Monjas del Santo Angel y mientras tanto, en la televisión se retransmite la salida de la Borriquilla. Los nervios van creciendo al escuchar los tambores por la televisión. Llega ya el momento de revestirse.

Comienza el ritual: La habitación se llena de sarga blanca y se hace el silencio, el blanco silencio. Los pantalones son remangados, las hebillas de las sandalias ajustadas, los capirotos ocupan su sitio dentro del antifaz, sin arrugas, los espartos van ciñendo las cinturas y se ajustan bien para que la túnica quede... ni muy larga ni muy corta, en el largo perfecto, en ese punto en el que queda elegante una austera tú-

nica de cola. En eso Graci es maestra, como para no serlo, son muchos años vistiéndonos juntos de nazareno y otros tantos asistiendo con paciencia infinita a estos cuatro rancios exigentes y tiquismiquis y también revestirse ella.

Todo ello tiene lugar casi en el silencio y recogimiento que marcan las Reglas para la Cofradía, como si con solo vestirla la misma túnica lo impusiera. Silencio, blanco silencio... No puede ser de otro modo pues en verdad la Estación de Penitencia ha de comenzar en el preciso momento en el que nos revestimos de nazarenos. Un silencio solo roto por algún comentario innecesario sobre la meteorología o sobre la hora, más bien fruto de los nervios que de otra cosa. ¡*Vamos Recuerda, que se nos hace tarde...!*

Al cuello, la medalla de la Hermandad, colocada después de ser previa y reverenciosamente besada. Las blancas colas son minuciosa y cuidadosamente colocadas al brazo que corresponda, sujetas con sus imperdibles, -penitentes austeros sí, pero elegantes siempre-, que una cosa no quita la otra, que la austeridad de la sarga, la abacá y las sandalias, no van reñidas con la elegancia de una túnica dignamente llevada, sino todo lo contrario. ¿Habrá algo más elegante que un nazareno con la túnica bien puesta y la cola al brazo?. Al menos a mí me lo parece.

El rosario de dedo en la mano, preparado para ser nuestro asistente contable en la oración. La papeleta de sitio doblada y remetida en el esparto para, llegado el momento, identificarse.

Finalmente, una foto para el recuerdo, la de un año más -y ya son unos cuantos-. Y siempre decimos lo mismo: ¡Qué de negro es este blanco!

Ya en el portal, un sentido abrazo a cada uno antes de salir y la expresión del más bello deseo cofrade: ¡*Feliz Estación de Penitencia!*. Cumplido todo ello, se abre el viejo portón de madera de mi casa y el breve cortejo blanco, uno a uno, en fila, cubiertos y en silencio, inicia su camino hacia el Barrio de Figares. ¡Ya es Domingo de Ramos!

Cinco blancos Nazarenos caminan hacia la Casa de Hermandad, algo presurosos, en silencio y con el rostro cubierto, siempre cubierto, como las Reglas mandan. No puede ni debe ser de otro modo. ¿Qué sentido tendría hacer anónima Penitencia si antes y después de la procesión nos “lucimos” descubiertos con el capirote bajo el brazo?. ¡No lo tiene!.

Blancos Nazarenos bajan por San Antón, se santiguan reverenciosamente y musitan una oración ante el retablo cerámico de su Sagrado Titular Jesús Despojado en la fachada del Convento de Capuchinas. Blancos Nazarenos de Jesús Despojado en San Antón..... ¿algún día?, ¿algún Domingo de Ramos?.

Granada, permíteme soñar... ¡Que ya es Domingo de Ramos!

El Niño Hebreo que Soñaba.

Quiero soñar... con ese día ya muy cercano en el que el imponente Misterio de la Entrada de Jesús en Jerusalén salga nuevamente de su sede canónica de San Andrés y sea definitivamente esa la puerta que abra nuestra Semana Santa; la que históricamente siempre lo fue, desde hace ya un siglo en que se tallase la imagen Sagrada del Señor, el que con su mano derecha reparte sus bendiciones entre glorias y hosannas, precedido de los niños hebreos, esos niños que son la semilla de ilusión y el futuro asegurado de nuestra Semana Santa.

Cuentan que un Domingo de Ramos de hace ya algunos años, un niño hebreo del cortejo, impecable y amorosamente vestido por su madre, como solo lo saben hacer ellas, estaba especialmente inquieto y nervioso. Llevaba la palma en la mano, no paraba de rebullir y continuamente se volvía para ver y asegurarse que venía el Paso con el Señor sobre la burra. Así estaba todo el camino desde que salieron del Perpetuo Socorro. Ya por calle Elvira no pudo más y le preguntó al sufrido niño que llevaba delante y al que traía por la calle de la amargura, teniendo lugar la siguiente conversación:

-¿Por qué hay que ir en las filas, si yo quiero ir en el Paso?.

-¿En el Paso?, dijo el otro, con tono muy asombrado.

-¡Si, en el Paso!, ¡yo quiero ver al Señor!, y ¡quiero ir en el Paso!

-¿En el Paso?, ¿Tú estás loco?, Allí va el Señor, la burra, el burrito y “to los Santos”.

-¡Pues yo he visto allí a una niña, con su madre de la mano!.

-Una niña, dice este...

Tú habrás visto al borriquillo, la palmera y candelabros.

Lo mismo has visto a San Juan y a San Andrés con Santiago.

-¡Que no!, ¡Que yo vi a una niña y a su madre de la mano!

Y te digo a ti una cosa... que el año que viene yo salgo,

¡Yo salgo con el Señor y salgo subido al Paso!.

-¿Y cómo quieres hacerlo? ¿Y cómo vas a lograrlo?.

Preguntaba el otro niño, sin creerlo demasiado.

-¿Tú no has visto la palmera en la trasera del Paso?,

Pues a ella me encaramo y escondido entre las palmas

Subido, verás que salgo.

El otro se dio la vuelta, y dejó de hacerle caso.

-Este niño está chalao, pues ¿no quiere subirse al Paso?.

Ahí se quedó la cosa, y ahí terminó el relato.

Un niño hebreo que quería ir con su Cristo en el Paso.

Llegó el año siguiente y los sacerdotes montaron,
el Señor, la borriquilla, el pollino y candelabros,
los Santos y hasta la niña, con su madre de la mano.

Y salió la Cofradía y volvió a pasar el arco,
y nadie sabe cómo fue, ni tampoco sabe el cuándo,
que en la palmera había un niño en el tronco encaramado,
un niño hebreo que soñó, salir subido en el Paso
un niño que con su Cristo, ¡quiso salir cada año!.

Un Sueño Hecho Realidad.

Granada, permíteme soñar... ¡que ya es Domingo de Ramos!.

Ya es Domingo de Ramos y el Barrio de Figares un año más se tiñe del blanco del cortejo silente de nazarenos con cirios al cuadril.

Déjame soñar una vez más –como cuando era joven- con un Paso de Misterio, andando elegante, el compás abierto y siempre, siempre de frente, sin más, que no se necesita, nada más precisa ni requiere, ¡Siempre de Frente!.

Sobre la canastilla... ¡Jesús Despojado!. “*Y se despojó de su rango hasta la muerte, y una muerte de Cruz*”, como describe San Pablo en su carta a los Filipenses.

Tu advocación ya es en sí toda una tesis de Cristología....

Viene Jesús Despojado,
viene solemne y de frente
que aquí hay cuadrilla valiente
que sabe que lo primero
es llevarte con esmero.
Y siendo lo principal
rezar en la Catedral,
no cabe aquí ya otra cosa
que ir de frente y sin desgana,
sin lugar al desvarío,
con el son y la elegancia,
con amorío y sin ojana
con ese saber andar
y esa añejura rancia
con que te lleva tu gente,
tu “Cuadrilla Cartujana”.

Y viene sonando su Banda
con celestiales compases
de cornetas y tambores
en los que ponen amores
de vientos y de metales,
que son del cielo los sonos
escritos en partituras
y suenan con tal dulzura,
que los angelitos del cielo,
como están enamorados
de los sonos despojados,
formaron un gran revuelo
y plumas blancas de sus alas,
sobre los cascos pusieron.

Granada permíteme soñar, porque queriendo soñar es como los sueños se hacen realidad.

El sueño de unos niños se fue haciendo realidad y poco a poco aquella ambiciosa ensoñación, fue tomando cuerpo. Nos llamaron locos –y es cierto, lo éramos y aún lo somos, niños locos... ya cuarentones largos-.

¿Acaso no es partiendo de sueños como se han hecho las grandes cosas?

El amparo y el aliento de D. Jerónimo Gil Mena, canónigo de la Catedral de Guadix nos impulsaba y daba ánimos: *“Niños, no os desaniméis, que esto son obras de Dios, y las obras de Dios, antes o después acaban saliendo”*. Y cuánta razón tenía D. Jerónimo...

La Hermandad de Jesús Nazareno, nos tutelaba y apoyaba de forma incondicional, alentándonos y ejerciendo de hermandad madrina en toda la extensión del término. Los consejos de Curro Andrés siempre fueron sabios y muy tenidos en cuenta.

Antonio Vargas, que hoy desde el palco celestial me estará escuchando junto a su Gran Poder –nuestro Gran Poder-, nos animaba desde su Sevilla a trabajar en un proyecto que le ilusionaba tanto como a nosotros. Se desvivía por ayudarnos, aportarnos su experiencia y realizar cuantas gestiones fuesen precisas de su tierra. Tu eterna sonrisa amable y tus ojos claros de mirada serena no podrán quedar nunca en nuestro olvido. Has dejado un hueco muy grande en nuestros corazones y en la sala de recuerdos de la Basílica del Gran Poder, allí donde solo bastaba decir que se era de Granada, de tu querida Granada, para ser atendidos como solo tú lo hacías.

Tu también Antonio, soñaste junto a nosotros...

Los niños soñábamos en silencio, y resultó ser que soñábamos en Silencio... Blanco.

Las Manos de la Pasión.

Granada sueña, porque tú también sueñas, igual que a ti te han soñado tus hijos. El mismo Federico García Lorca soñaba la Semana Santa de Granada.

Soñaba Federico con la Semana Santa de la Granada de su infancia, acorde con la idiosincrasia de una ciudad pequeña, una Semana Santa recogida, interior y contemplativa, de procesión antológica del Santo Entierro, de centuria de opereta con romanos asalariados que ensayaban en la calle de la Colcha a las órdenes de un centurión entre tirano y guasón; de mujeres de mantilla visitando los monumentos del Jueves Santo en lo que él llamó *“un lento tiovivo que entraba y salía de las Iglesias sorprendentes de belleza”*. Reivindicaba el poeta para Granada una Semana Santa interior y silenciosa. Fue muy crítico Federico con las nuevas Cofradías de entonces y con las incorporaciones de pasos como el de la Santa Cena, al que sorprendentemente llegó a calificar de *“horripilante”*.

Era otro tiempo, aquella Granada, aquella Semana Santa poco se parecía a la de nuestros días. ¿Alguien podría pensar hoy que el Imponente Misterio de la Santa Cena es *“horripilante”*? Rotundamente ¡No!.

Lorca soñaba con una Semana Santa en Granada de silencios sobrecogedores que calaban en el alma.

Cuentan, que invitado por su amigo Joaquín Romero Murube, poeta y pregonero que luego fue de Sevilla, Federico visitó aquella Semana Santa, viviéndola intensamente. Para terminarla, como mandan los cánones, se dieron cita en San Lorenzo, con la Soledad, broche de oro y esencia del clasicismo más rancio de Sevilla, en el mejor y más extenso sentido de la palabra. El silencio, como siempre, reinaba en la plaza de San Lorenzo. Un silencio solo roto por las doloridas saetas por martinetes, mientras la Virgen de Soledad, iba en su Paso hecho un ascua de luz, con su imponente candelería y sus dorados guardabrisas encendidos. Yo imagino la conversación de Lorca con Romero Murube en ese momento, esas conversaciones susurran-tes al oído y pausadas que se producen al contemplar el tránsito de una cofradía de silencio. Joaquín explicando a Federico que la Soledad era la última cofradía de la Semana Santa y que era una cofradía seria, muy antigua, solemne, señorial y de rancio abolengo, el *“broche de oro de la Semana Santa”*. Imagino igualmente la emoción contenida del poeta contemplando a la Virgen de la Soledad y contando a su amigo Joaquín que: *“En Granada..., en Granada, la Soledad no es de San Lorenzo, en Granada la Soledad, la Soledad con mayúsculas, es de Santa Paula. La Soledad de Santa Paula es una Virgen de una hermosura serena y callada, de un dolor melancólico e interior, como lo es la propia ciudad de Granada. La Soledad es una Virgen que viste*

como las damas de la corte de siglos pasados, de riguroso luto y con finísimos encajes, con palmeras bordadas en su negro manto, de una belleza y una elegancia sin igual. Las monjitas, en su convento la cuidan todo el año, le ponen flores, le rezan y hasta le hablan y le cuentan sus cosas, como si fuese una religiosa más de la comunidad. Es una delicia poder visitarla en su recogida capillita de la calle Santa Paula. Sus manos, las manos de la Soledad, lo dicen todo, sus manos entrelazadas y sus ojos entornados son todo un poema a Granada, son la esencia de Granada, esa mirada perdida es, en si misma... la Semana Santa de Granada.”

Me imagino ese momento y a los dos poetas viviéndolo con emoción, casi conteniendo la respiración para no romper el encanto y el silencio que se producía tras cada saeta, contemplando como el Paso se marchaba con andar elegante, cadencioso y pausado. De pronto, Federico queda callado, con la mirada fija en la Cruz de la trasera del Paso, de la que cuelga un sudario barrocamemente colocado. Echa mano al bolsillo de la americana, saca un papel y un pequeño lápiz y fruto de la inspiración del momento, toma unas notas, unas notas que dicen:

Virgen con miriñaque,
virgen de Soledad,
abierta como un inmenso
tulipán.
En tu barco de luces
vas
por la alta marea
de la ciudad,
entre saetas turbias
y estrellas de cristal.
Virgen con miriñaque
tú vas
por el río de la calle,
¡hasta el mar!

No solo Lorca soñaría con las manos entrelazadas de la Soledad de Santa Paula, hoy de San Jerónimo.

Yo también quiero soñar hoy con las manos de Granada, las manos..., las manos de la Pasión, siempre las manos... Las manos del dolor y de la pena, las manos de la angustia y de la soledad, manos de una tensión desgarradora o de una sutileza extrema, manos que imploran y manos que se nos tienden rogando compasión. Quiero soñar por Santiago con las manos de la Amargura, o con las mullidas manos, casi de niña, de la Virgen de la Encarnación, o con los marcados hoyuelos de las manos de mi Madre de Consolación que me quitan el sentido en ese portento de expresividad que es la Sacra Conversación, el Palio Silente de nuestra Semana Santa.

Esas manos que también entrelazadas, como marcan los clásicos cánones de nuestra escuela imaginera, son el mejor medio de expresar una pena profunda, recogida, íntima y sentida como la de Nuestra Señora de los Reyes, que nos trae aires de otros tiempos en sus formas y en la elegancia del andar de su Paso de Palio. O el dolor resignado de la Santísima Virgen de la Merced, ella que es redentora de los cautivos y lo es también de todos nosotros, porque hoy todos somos en gran medida cautivos de nuestro tiempo y de nuestra sociedad, que solo nos deja tantos vacíos en el corazón y el alma.

Un vacío como el que reflejan las manos de la Santísima Virgen de la Soledad de Santo Domingo, cuando a las tres de la tarde, sobre la oscura caoba de su elegante paso en el Campo del Príncipe, contempla el tremendo vacío que deja en su traspasado corazón un sudario y una corona de espinas. Es precisamente, cuando toda Granada entrelaza sus manos y une sus corazones en oración ante el Cristo de los Favores, mientras los labios musitan los tres credos, cuando la Virgen de la Soledad, rodeada entre la muchedumbre parece más Soledad que nunca, y su dolor sereno y bellísimo se contagia inevitablemente y Granada quiere estar con ella, quiere consolarla y quiere acompañarla.

No estás sola Madre mía, espera, ya lo verás,
que aunque maten a tu hijo, sola no te quedarás,
porque Granada es contigo y no te abandonará,
y postrada de rodillas cuando el clarín resonó
y al llegar la hora nona en el madero expiró,
Granada rezó tres credos que son de fe profesión

No estás sola Madre mía, espera, ya lo verás,
Que aunque el angelillo llora al tu dolor contemplar
y de ver la Cruz vacía y ver el sudario colgar
y ver a Granada entera por tu dolor suspirar
él que siempre te acompaña y a tu lado siempre está,
con la tenaza en sus manos, tu pena quiere arrancar.

No estás sola Madre mía, espera, ya lo verás,
que a ti Granada te adora, como a tu hijo adoró
el pasado Martes Santo cuando al Realejo salió
con la clámide y la caña, y aunque el judío burlón
lo coronase de espinas y de purpura lo cubrió
sentado en trono de piedra, su Humildad nos mostró.

No estás sola Madre mía, espera, ya lo verás,
que en cuanto pasen tres días, tu pena se va a quitar,
y campanillas de barro por tu barrio sonarán,
porque como está escrito el va a resucitar
y entre la chiquillería de Facundillo vendrá
y al repique de campanas ¡Tu sola ya no estarás!
No estás sola Madre mía, espera, ¡ya lo verás.!

Las manos de María... se podría escribir y narrar toda la pasión, toda nuestra Semana Santa con solo ver las manos de nuestras Sagradas Imágenes. Las manos reflejan de una forma sublime toda la expresividad, todo el dolor y la belleza en María Santísima del Amor y del Trabajo, tal vez las manos más bellas y expresivas de nuestra Semana Santa; o el recogimiento íntimo de la Virgen de los Dolores aferrándose a los tres clavos a su paso por Plaza Nueva el Lunes Santo; o la delicadeza con la que María Santísima del Dulce Nombre posa la suya sobre la mano tendida de Juan, el discípulo que amorosamente la toma por madre y le acompaña compartiendo su dolor, muy pronto..... bajo palio el Domingo de Ramos. Hay que seguir soñando....

Hay que seguir soñando, como soñaron los Estudiantes en un Palio, apoteosis de elegancia hecha de plata y de borlones para su Virgen de los Remedios, sublime exquisitez del miércoles Santo.

¿Y acaso cabe más amor en la infinita dulzura de la mano con la que Nuestra Señora de las Angustias Coronada de Santa María de la Alhambra recoge la de su hijo inerte recién descendido de la cruz?.

Y si hay manos que viven la intensidad del drama de la pasión, otras en cambio, lo presienten.

La Virgen de la Victoria, llevan un pañuelo en su mano, como si dolorosa fuera, como si el llanto quisiera enjugar con sus encajes. Sabe la Victoria que pronto las lágrimas correrán por sus mejillas, porque como escrito está, su hijo será traicionado y hay cosas que una madre siempre sabe, incluso antes de que sucedan.

La Virgen de la Victoria sabe que ya no hay vuelta atrás cuando llegado el ecuador del día, la rocalla del colosal Paso de misterio de la Santa Cena se hace dueña de la Plaza de Santo Domingo. Algo se lo ha hecho presagiar al saber que después de cenar irían a la Calle Santiago a orar al Padre en la Comendadoras. La Virgen de la Victoria sabe que, aunque ha dejado a su hijo en el cenáculo del realejo con sus discípulos, muy pronto, por el Sagrario su hijo será prendido y hecho Cautivo. Porque. La Virgen de la Victoria lo sabe... y sabe que no hay vuelta atrás. Porque cuando la Victoria sale, ya sabe lo que le espera.

Cuando la Victoria sale,
Es feliz, no lleva pena,
que su hijo tan amado
después de ser aclamado,
por el Realejo ya Cena.

Cuando sale la Victoria,
viene por Santo Domingo,
madre perla del Realejo
detrás del rojo cortejo
en la tarde del Domingo.
Cuando la Victoria sale,
se alivian nuestros pesares
al verte Reina triunfante
de caminar elegante
de costaleros andares.

Cuando sale la Victoria,
a ti Reina proclamamos,
se alegran los corazones
y hay poderosas razones
porque ¡es Domingo de Ramos!

Cuando la Victoria sale,
la llevan sus costaleros
porque fuisteis y seréis
los pies de tan gran Señora,
la que sus penas no ahoga
porque ella es la Victoria
y ¡la Victoria No Llorá!

Las manos de la Madre de Dios se tornan en implorantes por el Sacromonte a la luz de las hogueras; o en los Salesianos cuando Nuestra Señora de la Salud llora la muerte de su hijo para Redención de nuestro género; o en los Basílios cuando la Reina de Roma y del Mayor Dolor, en su Palio llamado *“la perla negra del Viernes Santo”*, no encuentra consuelo al ver expirar a Cristo. Como consuelo no encuentran las manos de la Virgen de las Penas, a la que el Templo de San Matías de le queda pequeño para albergar la belleza de su dolor. O en la expresión del dolor más íntimo y sentido de la Soledad del Calvario, esas manos sobre el pecho de delicadeza exquisita de la que durante siglos fue la Dolorosa titular de los Servitas de Granada y que tallase Mora por encargo de su congregación para su sede del oratorio de San Felipe Neri, hoy Santuario del Perpetuo Socorro. Este pregonero, como Servita que es, no

puede más que emocionarse ante la que fuese el centro de la devoción de los Siervos de los Dolores, los Servitas de Granada y cuyo único recuerdo se aloja sobre la clave del arco de la puerta lateral del Santuario. Allí figura ella, como Dolorosa Servita, esculpida en piedra.

La manos de la Concepción son las manos de una madre que se desvive y que, con la intensidad que refleja su rostro, busca a su hijo, aquel que por su infinito Amor se nos Entrega cada Jueves Santo. Son las manos de una madre concebida sin mancha, que suspira profundamente buscando ese aire que la angustia la arrebatara, con esos entornados ojos desbordados de lágrimas en una expresión de belleza y dolor incomparable que a nadie deja impasible en la tarde del Jueves Santo bajo el fulgor de la plata en la Concepción.

Tú eres Madre Inmaculada,
de tu limpia Concepción
Granada siempre hizo gala,
cuando la Real Maestranza
tu pureza proclamara;
y como Pérez del Pulgar
un Ave María en la puerta
de la mezquita clavara,
yo te digo Ave María
Concha de azules y platas
Albaicinera morena,
de belleza que no cabe
entre calles encaladas,
y te digo Madre Mía
de azul y plata gloriosa,
Colores de Inmaculada,
que esta tierra te venera,
que te adora y que te ama,
que te rinde pleitesía
y que tu dogma así proclama:
Que no te tocó el pecado,
que tú naciste sin mancha
Virgen de la Concepción,
¡Que Dios te Salve María,
CONCEPCIÓN INMACULADA!

La Luz de la Primavera

Quiero continuar este sueño de cofradías y quiero hacerlo como la luz de la primavera, que poco a poco irá inundando nuestros días, como se inundan de fe y devoción los corazones del populoso barrio del Zaidín cuando la Parroquia del Corpus Christi, como si fuese una sola alma, se echa a la calle para acompañar desde la primera hora de la tarde, a la que es la Luz que inunda sus vidas.

El Atardecer de Granada.

Yo quiero seguir soñando, y soñar con los atardeceres de Granada, con los mágicos atardeceres de nuestra Semana Santa.

Cuando el Lunes Santo atardece, lo hace con el Señor del Rescate, la histórica devoción pasionista y trinitaria de la ciudad, del barrio de la Magdalena y de su Parroquia. Trescientos años de devoción. No hay otro rostro que pueda igualar su belleza, su serena belleza y la elegancia de su presencia. El mejor vecino del barrio de la Magdalena. Nadie se queda impasible ante Jesús del Rescate.

Tú sabes cuánto te quiero, eres mi mejor vecino,
cuántas veces te he rogado que guíases mi destino,
y solo tú también sabes, que teniéndome tan cerca,
por motivos que conoces, a otros sitios me has llevado,
tú decides los destinos que nos tienes reservados.

Yo te digo a ti Rescate, aunque muy lejos de ti
muchas veces me he encontrado, yo nunca a ti te he olvidado
y siempre tendrán para ti una plegaria mis labios,
que es tu carita divina la que mi alma serena,
la soberana presencia, del barrio de la Magdalena.

Porque tú que eres el Rescate, pasión de mi viejo barrio,
el que vive en torno a ti, y de ti siempre enamorado,
que se desvive por ti y ante tus plantas rezando,
el que fiel sigue tus pasos cuando llega el Lunes Santo.

Y a mí me cabe un gran gozo como es el de saber
que por azares de la historia Granada te pueda ver
vestido de tornasol, persa túnica bordada
como en tiempos la llevara mi Jesús del Gran Poder.

Cada atardecer de Granada pregona nuestra Semana Santa.

Y si de por si el atardecer en Granada es bello, -el más bello del mundo ha sido declarado-, más bello lo es con un Paso de Palio. Y si a ello se le una la imponente belleza de la carrera del Darro, el momento se convierte en sublime. Sublime como el paso de María Santísima de las Maravillas, la que en su llanto conjuga toda la belleza interior y la paz que su sola contemplación transmite. ¿Cuánta belleza puede aunar el exquisito y elegantísimo Palio de las Maravillas?. El Palio de cajón por antonomasia de Granada, pues no hay otro que pueda igualársele. El Palio de la Santísima Virgen de las Maravillas, bello, elegante y por qué no decirlo... rancio, que rancio no es peyorativo, rancio es como nos gusta a los cofrades, con aires de otros tiempos, siglos pasados reflejados en los reposteros de tonos perlas de sus caídas y en la filigrana de su respiradero. Más elegante aún con la luz de tonalidades inigualables y mágicas que genera su candelería recién encendida, cuando ya el sol de la tarde comienza a regalarnos sus rayos rojizos del ocaso de una jornada, en la que se resiste a abandonarnos para no perderse tanta belleza por nuestras calles.

La Virgen de las Maravillas siempre trae a mi memoria el inolvidable Miguel López Escribano. Recordaré siempre como de adolescentes, Jacinto Morente -hijo-, Nacho Fernandez-Aragón, Fernando Egea, un servidor y algún otro más de los jóvenes cofrades inquietos que formábamos esa inseparable pandilla de "jartibles" y repelentes, que luego fuimos llamados "los niños despojados"; sabedores de la predilección de Don Miguel por la sevillana Virgen del Valle, teníamos la fórmula de congraciarnos con él y hacerlo feliz, al menos unos minutos. La cosa era muy sencilla: D. Miguel, habitualmente salía de diputado de cruz, vistiendo por entonces aquellas túnicas de cola de ruan moradas de la cofradía de San Pedro. Normalmente veíamos la cofradía por la Carrera del Darro, pasaba la Cruz de Guía, llegaba el Misterio de la Sentencia, y nos acercábamos hacia San Pedro para ver salir el Palio y contemplar la preciosa carita de la Virgen de las Maravillas, a la que acompañábamos un rato, hasta pasado el Bañuelo. Entonces, nos adelantábamos a buscar de nuevo la Cruz de Guía, donde seguía Miguel en su lugar de diputado. D. Miguel nos miraba, como pidiéndonos una opinión, un veredicto. La respuesta no podía ser otra, uno de nosotros se le acercaba y en voz bajita, casi susurrante le decía: "*D. Miguel, como el Valle, el Palio viene... como el Valle*", el resto asentíamos con el gesto. En ese momento bajo el capillo morado a Miguel se le iluminaba la mirada y se le reían los ojos con esa socarronería del que ya tiene mucho vivido y se las sabe todas. Sabíamos que comparar a sus dos amores era hacerlo inmensamente feliz y a nosotros nos costaba muy poco. Era... una pequeña recompensa afectiva para lo mucho y bueno que aprendimos de él y lo mucho de la Semana Santa de Granada le debe a la memoria de Miguel López Escribano.

Y si la luz del atardecer cautiva en Granada, no hay atardecer más íntimo como el atardecer del Martes Santo por San Juan de los Reyes. El aire nos trae estampas de siglos pasados. Los pajarillos, buscando su refugio, son los únicos que se permiten romper el silencio. Se inundan nuestros sentidos con la luz, el color, el in-

cienso que nubla nuestros ojos, los brillos de la plata y los reflejos del oro viejo. El Nazareno de la Amargura recorta su quebrada silueta entre las viejas piedras de la antigua mezquita de los conversos, mientras arrastra a duras penas la pesada Cruz.

Por la calle de la Amargura, tus manos a la cruz se aferran
Como a ti nos aferramos, cuando la vida se quiebra
necesitamos salud y te imploramos tenerla,
porque solo con pensarlo, el dolor ya nos aterra,
y al mirar tu cara vemos, que no hay dolor como el tuyo
que es tu Amargura Señor, más grande que nuestra pena,
la Cruz quiebra tu cintura, apenas puedes con ella,
te pesa por nuestras culpas, por ellas tus padeceres,
nuestro egoísmo en espinas, que coronaron tus sienes,
y ante tu cruel sufrimiento ¿Cómo podemos pedirte
que nos apartes el cáliz y las dolencias nos quites?,
cuando nosotros no hacemos igual con nuestros hermanos
cuando caídos los vemos y no les tendemos la mano.
Enséñanos a quererlos y no mirar a otro lado,
a estar junto a los que sufren y entregarles tu legado:
Dar de comer al hambriento, vestir al que nada tiene,
acompañar al que solo en esta vida ha quedado,
albergar al que refugio buscando, a esta tierra llega,
al que huye de la guerra y al del terror exiliado,
a compartir nuestros bienes, con quien más los necesita,
a ser el ejemplo vivo, de tu mandamiento dado,
amarnos unos a otros, como tú nos has amado.
Pero si llega el momento y estamos al otro lado,
y la vida nos castiga y el consuelo no es hallado,
hoy también vengo a pedirte, Padre mío de la Amargura,
que nos enseñes a llevar las cruces de nuestra vida,
que con tu ayuda la carga, seguro ya no es tan dura.

Luz de Esperanza

La luz de la tarde hace brillar la torre mudéjar de Santa Ana, la torre de Nuestra Esperanza.

En Granada la Esperanza se escribe con letra capital, en Granada el ancla de la Esperanza mantiene su nave fondeada en la Iglesia de Santa Ana. En Granada, la Esperanza es la dulzura y el llanto, es el puerto en el que atracamos cuando buscamos refugio y precisamos la escucha y el consuelo de una madre.

En Granada a la Esperanza le hablamos de tu y le decimos Niña, en un requebro enamorado, porque Granada vive enamorada de su Esperanza.

En Granada la Esperanza se escribe con mayúsculas y con tipos de oro.

Cuando de luto vestías, tenías Tres Necesidades:

Escalera para bajar al Hijo Crucificado,
Sudario con que cubrir su cuerpo tan lacerado
Y Sepulcro en que dejar a Jesús depositado.

Tú sabías que con la muerte no todo estaba acabado,
que como ya estaba escrito, Él habrá Resucitado.

Esa Esperanza tenías, y Esperanza has dado.

Y decidiste mudarte, cuando tu casa cerraron,
San Gil quedó en el recuerdo, San Gil, que no se ha olvidado.

Santa Ana tu nueva casa, porque allí fuiste llevada.

Te llamaron Esperanza, y capilla te fue dada,
y te quitaron el luto, que el negro atrás ya quedaba,
el verde cubrió tu manto y saya en oro bordada,
se separaron tus manos, y bajo palio entronizada,
que así fue como bien lo quiso, tu Cofradía tan amada.

Y un ancla sería tu emblema, y anclaste de amor a Granada,
te anclaste en los corazones de una ciudad que proclama
que desde Santa Ana reinas y es a tus plantas postrada,
te adora y te llama Niña, que no hay otra como tu cara
esa que talló Risueño, esa que enamora el alma.

Y yo te llevo en mi pecho, cautivo de tu mirada,
porque cautivo quedé, de esa carita inclinada,
cuando buscando Esperanza ante ti yo me postraba.

Cautivo, siempre cautivo, cautivo de tu mirada,
como siempre cautivaste a quien a ti te rezaba,
y la Esperanza les diste y por doquier regalada.

Y Granada se fue rindiendo, y a tu realeza entregada,
y un clamor ya fue tu pueblo, que a voces la demandaba,

Corona para tus sienes, desde Palacio otorgada,
Corona que no venía, Corona que era esperada.

Y el pueblo siguió pidiendo, esa Corona dorada,
la Corona del amor, de una ciudad que te llama,
que eres tú su Esperanza, la Esperanza de Granada.

Porque ya no hay que pedirlo, porque así ya se proclama,
que tú serás Esperanza y ¡ESPERANZA CORONADA!.

Y habiendo Fe y Esperanza, no ha de faltar la Caridad. Caridad del Martes Santo, que nos recuerda el más importante compromiso del cofrade, el de cumplir el mandamiento del amor. Un mandamiento que los cofrades llevamos a gala, en nuestras obras sociales y bolsas de caridad, pero que siempre es poco para las muchas necesidades que hay. Caridad, pilar y fin fundamental de nuestras Hermandades. El Economato Social de nuestras Cofradías, que lleva el nombre de María Santísima de la Misericordia ha de ser el bastión de nuestra acción social y no dolernos en prendas que sea, la contribución al mismo, el principal estreno de cada año, porque con ello estaremos dando verdadero sentido a nuestras Hermandades. Que mejor patrimonio que atender a nuestros hermanos.

Aurora del Atardecer.

Granada es tierra de contrastes y paradojas, y la Semana Santa no puede estar libre de ellas.

En Granada, la Aurora que más brilla no es la de la mañana. Granada es el único lugar del mundo en el que la Aurora muestra su máxima brillantez en la tarde y en la noche.

Aurora blanca que brilla desde la Plaza de San Miguel bajo, mientras el sol, siguiendo el Cauce del Genil, se retira sonrojado ante el esplendor de un día que brilla más que él. Un sol que en su marcha va dejando un atardecer de mantillas que, a través del carey de sus peinetas, tamizan la blancura que reflejan las fachadas enca-ladas del Albaicín. Blancos muros encalados del viejo barrio, entre los que baja radiante la Virgen de la Aurora Coronada. Aurora bajo Palio blanco, que se torna en ascua de luz por obra de la candelería. Luz como lo es ella de su barrio y de su gente, -que los auroros se diseminan por toda la geografía de la ciudad, que no hace falta ser albaicínero para querer a la Aurora-, aunque en el Albaicín bajo Ella es quien reina y así ya se anuncia desde la misma fachada de San Gregorio Bético, con el bellísimo retablo cerámico, que aunque lleva poco tiempo y hay quien lo quiere retirar, no refleja sino lo que es una realidad.

Granada pregona su Semana Santa todo el año en los bellísimos retablos cerámicos que se diseminan por la ciudad, muestra de devoción y arte, testigos de nuestra historia que, lejos de ser reprobados, han de ser protegidos.

Granada tiene, entre sus muchas virtudes, la de la Paciencia. Granada sabe esperar. Granada espera pacientemente el devenir de su historia y sabe mirar con comprensión. Granada se refleja fielmente en la mirada y en la actitud del Señor de la Paciencia en la tarde del Miércoles Santo, cuando sus manos -siempre las manos- permanecen amarradas a la columna, esa columna en la que ha sido azotado y que abraza con dulzura, en un escorzo con el que Pablo de Rojas supo transmitir con extraordinaria belleza y dulzura tan cruel instante. Mirada de dulzura y espera como la

de Jesús de la Meditación, el antiguo Cristo de la Humildad y Paciencia, el Cristo de los negros y mulatos de Granada, que despojado y sentado sobre la roca espera que todo esté preparado para que se consume el martirio, mientras los dados deciden el destino de sus vestiduras. O la resignada mirada del antiguo Señor de la Hermandad de los cocheros, que desde su atalaya de Santa Isabel la Real espera todo el año, por tres veces caído, a que llegue el momento de bajar por la Calderería hasta ese Realejo que tanto lo añora durante el año. Un Realejo que “estalla” literalmente el Miércoles Santo, se adorna de costeros y de izquierdos con aires de bulería y requiebros aflamencados para llevar por Granada a Jesús de las Tres Caídas.

Un Realejo que sabe acompañar los sones de la Salve Marinera. ¡Salve, Estrella de los Mares!. Virgen del Rosario, capitana de la mar oceána. Virgen Reina de los Marineros que te rinden pleitesía, cada Miércoles Santo, como lo hace la misma Granada y toda esa marinería de secano que somos los cofrades de esta tierra.

Aires de viejas batallas navales nos traes, Madre del Rosario, Virgen de aires cargados de yodo y de sal, de aires marineros en tierra firme, de aires salados mezclados con dulces aromas de incienso y panales frescos rebosantes de cera virgen que ilumina tu candelaría. Aires de Cofradía de barrio, de arte sobre los pies, aires de blancas capas, y nazarenos elegantes, aires de cofradía de tronío.

Pero este año, Virgen del Rosario tus Misterios son más dolorosos. Este año tu pena es mayor, este año nos traes el dolor de una ausencia, un enorme vacío en el corazón. Este año, el Miércoles Santo en Santo Domingo se echará en falta una paleta de sitio, la de un hombre bueno, un buen cofrade, un buen amigo. Este año, seguro que al salir a la Plaza de Santo Domingo una saeta te cantará diciendo:

Madre mía del Rosario,
en tu corona de oro
hay una estrella que brilla
que se llama Paco Toro.

Granada te busca y te sabe esperar.

Granada es sabia. Es sabia porque este pueblo sabe donde tiene que acudir y dónde está quien bien la guarda. Siempre lo supo, siempre acudió y siempre fue escuchada.

Cristo de San Agustín, tú siempre estás ahí, porque a ti Granada te lleva desde hace siglos en el corazón y en el alma de su propia historia. Ante ti Granada se postró para implorar tu amparo y protección sagrada. Ante ti la propia Reina Isabel II cayó de hinojos en fervorosa oración, en una epifanía reescrita en la que nuevamente la realeza se postra ante tu soberana presencia.

Cada Lunes Santo, Granada se inunda de silencios, desde que se comienza a escuchar la luctuosa campana del muñidor por San Antón, hasta que se recoge el Paso de Palio, ya de madrugada. Silencio de altos capirotos negros, de nazarenos disciplinados que, solo con la vista al frente, casi impasibles y con el cirio al cuadril, conforman el cortejo que va recorriendo e inundando las calles con la luz de la cera, como el agua por el cauce del río. Un silencio que ensordece, un silencio que se contagia. Un silencio atronador.

Y el silencio se rompe en la puerta del Santo Angel por la desgarrada saeta:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Un silencio con el que llamas, con el que nos llamas. Nos llamas, como llamaste a aquel niño que, sentado en la acera viendo tu cofradía pasar, sintió que ese Cristo Crucificado le decía que tenía que estar junto a Él, y con determinación dijo a su padre que quería ser de esa Cofradía. Desde entonces pasó a formar parte activa en la nómina de la Hermandad y hoy, ya es un hombre, que cada Lunes Santo viste la negra túnica de cola y esparto, para estar junto a ese Cristo que lo llamó por su nombre y le dijo que tomase su cruz y lo siguiera.

Frente a ti se para el tiempo
Cristo muerto en Cruz de Plata,
principio y fin de lo hecho,
alfa y omega del alma.

Ante ti yo me confío
y se confía Granada,
porque contigo me basta
y no necesito nada.

Te pido por mi familia,
y te pido por Granada,
te pido hoy por mi hermano,
que con la salud batalla.

Eres tú mi Cruz de Guía,
mi comfortable morada,
eres tú quien me consuela
y reconfortas el alma.

Cuando te busco, te encuentro,
como te buscó Granada
y te entronizó glorioso
y protector te nombrara.
La ciudad guarda silencio,
en oraciones calladas,
cuando vas por San Antón
el Lunes de madrugada.

Cuando ya oscura es la noche
ante tu muerte callada
solo la luz de los cirios,
luz de fe que no se apaga.

Santo Cristo portentoso,
Consuelo de tantas almas,
muestra tu misericordia
y ten piedad de Granada.

La infinita paciencia de Granada irá teniendo su recompensa, conforme avance la Semana Santa y el Jueves Santo comience a llegar a su fin. Cuando la luz haya dejado paso al brillo de una Estrella que, como lucero del alba, brilla sobre la ciudad desde el privilegiado mirador de San Cristóbal. Una Estrella que baja para hacerse presente en los corazones de una Granada que la tiene por Madre y Reina de la Pasión.

Y llegada la hora nona, Granada sabe donde tiene que estar. Granada siempre estuvo y siempre está en el Campo del Príncipe, donde siempre buscó el amparo de un Cristo de los Favores que noche y día está dispuesto a escuchar las plegarias, en ese enclave de devoción cercado de rejas.

¿Cuántas manos se habrán agarrado a esas rejas aferrándose a ellas para hablar al Cristo de los Favores?. Esas mismas manos a las que les da igual que te encuentres en el Campo o en San Cecilio, que seas de piedra o de madera, que no les importan si una imagen es vicaria de la otra o al revés. Unas manos y unas miradas que te buscan donde te encuentres y saben que Tú siempre escuchas y atiendes cuantos favores se te piden.

Allí cada día te buscan, y allí tú estás esperando,
y las gracias que te piden, sin reservas regalando,
conoces de sinsabores, de dolores y de penas,
de enfermedades y llantos, de amores y desamores,
de pesares mitigando, de desengaños sanando
y de devotos rezando que te llegan implorando:
Misericordia divina, la que tu Madre reparte,
bajo Palio el Viernes Santo.
Y alivio para sus dolores, sustento para sus almas
remedios para sus males, refugio a sus temores.
Porque saben que te buscan, y allí tú estás esperando.
Cristo mío de los Favores,
¡Siempre a Granada Escuchando!.

Pero... ¿Qué espera Granada pacientemente?. ¿A quién espera Granada?.

Granada espera en sus Silencios. Granada se recrea en su Silencio. Granada es más íntima, más Granada, en su Silencio.

Silencio...

Silencio..., ya no hay más verdad que el Silencio. En el Silencio está toda la verdad, y no hay otra verdad que la Misericordia, que tu Misericordia, la que ilumina y alienta nuestra Fe.

Las luces se apagan, el ronco tambor resuena en lo más profundo de nuestro ser. Cortejo de negro, las colas de las túnicas ya no van al brazo, ni en el esparto. Esta noche, las negras colas arrastran sobre el adoquinado en señal de luto, que Cristo ha Muerto, que ha muerto por nosotros, que el Cristo de la Misericordia ha salido a Granada y Granada lo estaba esperando.

Las luces titilantes de los cirios anuncian tu proximidad, Cristo de la Misericordia. Lentamente, muy lentamente te acercas. El crujir de las maderas de tu Paso en cada mecida nos hiela el alma, como si fuese nuestra propia conciencia la que crujiere castigada y atormentada al reconocer nuestras propias culpas y pecados, necesitada de tu Misericordia y de tu perdón.

Ya no hay más verdad, ni nada más absoluto y contundente que tu muerte. Nada más desolador que ver tu cuerpo demudado y clavado en la cruz. Parece que todo ha terminado. La madrugada se hace silencio, Granada se hace silencio.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Granada no espera la Muerte.

Granada no espera la muerte, Granada espera algo más.

Porque no hubo ni habrá muerte como tu muerte, no hubo nunca ni habrá como tu Buena Muerte.

La Buena Muerte ya no es muerte, que es Redención y Amor a raudales. Es la Pasión que conmueve nuestras almas y nos guía hacia aquello trascendente. Es el dolor que traspasa el corazón y es la pureza encarnada de una vida por amor entregada. Tu Muerte no es el culmen de un drama de pasión, que ahí no acaba. Porque la muerte ya no es muerte, porque tras la muerte llegará la gloria y al tercer día llegará gloriosa, tu Resurrección.

Y en Granada Resucitas por tres veces, con sonos de campanillas y murmullo alegre de chiquillería. Y el aire de la mañana del Domingo de Resurrección nos trae ilusiones renovadas, aires de Triunfo y de Alegría. Las campanas de la Catedral repican de nuevo. ¿Todo ha terminado?. No, todo acaba de empezar.

Como estaba escrito, todo se ha consumado.

EN GRANADA ¡HA RESUCITADO!.



Se terminó de escribir este Pregón
de la Semana Santa de Granada,
el 9 de febrero de 2017,
festividad del
Beato Fray Leopoldo de Alpanseire.



Este pregón se terminó de imprimir
el día 1 de marzo de 2017, Miércoles de Ceniza
en los talleres de Gráficas Zaidín.

Su edición estuvo a cargo de la

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SAMANA SANTA DE LA CIUDAD DE GRANADA**

sita en Plaza de los Lobos, 12

(Centro Ágora)

18002 - GRANADA

Tel: 958 80 49 97

www.hermandadesdegranada.org



**REAL FEDERACIÓN DE
HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SAMANA SANTA DE
LA CIUDAD DE GRANADA**